

La crisis de octubre y la verdadera historia del año 1959 a la luz de los archivos secretos de la URSS y de los Estados Unidos¹

Miguel Ángel Sánchez

UN MANANTIAL DE INFORMACIÓN DESCUBRIERON LOS historiadores cuando el gobierno de los Estados Unidos desclasificó los últimos fragmentos de las cintas confidenciales que tenían grabadas todas las discusiones en las que participó el presidente John F. Kennedy cuando la llamada «Missile Crisis», que los cubanos conocemos como la «Crisis de Octubre». Cintas que Ernest R. May y Phillip D. Zelikow decidieron presentar editadas de manera muy minuciosa y útil bajo el título *The Kennedy Tapes*. Pero casi al mismo tiempo se abrió al conocimiento público una fuente informativa que contenía secretos aún más reveladores: las minutas de las reuniones y decisiones tomadas por el Buró Político de la Unión Soviética (el llamado Presidium del Comité Central del PCUS) y los archivos tanto de la KGB como de la GPU (inteligencia militar de las Fuerzas Armadas de la URSS) relacionadas con Cuba, antes de las graves jornadas de octubre de 1962.

Es precisamente este segundo libro *One Hell of a Gamble* —escrito por los investigadores Aleksander Fursenko y

¹ El presente artículo analiza la Crisis de Octubre a partir de la reciente edición de *The Kennedy Tapes (Inside the White House during the Cuban Missile Crisis)*, de Ernest R. May & Phillip D. Zelikow. Belknap Harvard. 728 pp. 1997 y *One Hell of a Gamble (The Secret History of the Cuban Missile Crisis)*, de Aleksander Fursenko & Timothy Naftali. Norton. 420 pp. 1997.

Timothy Naftali— el que sin proponérselo pone en entredicho la mayoría de las obras que racionalizaron, desde diversos puntos de vista, los vertiginosos sucesos que ocurrieron en Cuba en 1959, y que numerosos historiadores intentaron explicar como un proceso de radicalización inevitable ante una torpe política seguida desde Washington. La hipótesis de que «Castro fue empujado a manos de los rusos» resultó el motivo central de libros que, en su tiempo, fueron considerados clásicos en la materia, tales como *Anatomía de una Revolución* de los marxistas norteamericanos Leo Huberman y Paul M. Sweezy, *Huracán en el Caribe* de Jean Paul Sartre, y de otros muchos que siguieron esos patrones, entre los que cabe destacar más recientemente *Fidel Castro, un retrato crítico* de Tad Szulc. En este caso es necesario hacer la salvedad de que Szulc intentó sacar a la luz pública la corriente oculta de poder que existía en la isla en 1959, a la cual llamó «el gobierno secreto», comentario que causó ira y fue negado de forma vehemente por las más altas autoridades de La Habana cuando el libro fue publicado. Sin embargo, el autor no hizo más que sugerir un grupo de hechos que indicaban una trama clandestina que sin lugar a dudas, de ser cierta, apuntaba a una conspiración para la toma del poder y la imposición «del comunismo desde arriba». Así lo comprendió desde un primer instante Nicolai Leonov, jefe de la *residentura* de la KGB en México, tras una reunión secreta en febrero de 1959 con Emilio Aragonés. Al parecer, Aragonés no era tan sólo un miembro prominente del Partido Socialista Popular, sino también un agente de los servicios de inteligencia soviéticos, que viajó a esa ciudad en busca de explicar los pasos que se estaban dando para instaurar un poder comunista en la isla. La documentación ofrecida en la obra de Fursenko y Naftali prueba esa gestión paralela oculta de poder —insinuada por Szulc— mediante una detallada cronología de encuentros clandestinos con autoridades y espías soviéticos, confiriendo al libro el potencial para convertirse en origen de nuevos estudios históricos, al tiempo que brinda a los investigadores la posibilidad de adentrarse en un terreno que hasta entonces fue absolutamente vedado en vista del conocido hermetismo que reinaba en la desaparecida Unión Soviética.

La obra de Fursenko y Naftali no persigue el propósito de responder en qué momento la sociedad civil cubana recibió su tiro de muerte y mucho menos cuáles fueron los motivos de la derrota de las fuerzas democráticas en la isla. Pero al poner en evidencia el sistemático rol conspirativo de los hermanos Castro y Che Guevara, abre una nueva línea de interpretación con datos que por primera vez ofrecen pruebas de que los nunca escuchados lamentos sobre la «Revolución Traicionada» de los primeros exiliados cubanos no carecían de elementos de veracidad, ni merecieron ser tan menospreciados incluso por aquéllos que en diversas obras eran críticos con el régimen de Cuba pero se burlaban de esta «teoría de la conjura», como es el caso de Hans Magnus Enzerberger en su ensayo «Imagen de un Partido» publicado junto con otros de sus trabajos en forma de libro por la Editorial Anagrama de Barcelona en 1985, bajo el título *El Interrogatorio de La Habana*.

A casi cuarenta años de los sucesos de 1959, la tesis de la «continuidad histórica» de un proceso insurreccional —que supuestamente tuvo desde un

principio el objetivo de instaurar una sociedad comunista en Cuba— se resquebraja a la luz de estos numerosos documentos de los archivos de la antigua URSS, mientras que la muy elogiada concepción majestuosa del proceso queda definitivamente empañada ante la conspiración a la sombra, que se llevaba a efecto a espaldas de la mayoría de los que participaron en el derrocamiento del régimen de Batista, unidos en la lucha insurreccional sobre la base de unos claros lineamientos democráticos cuyo pilar básico era la restauración de la constitución de 1940, y una plataforma de reformas sociales que ni siquiera el más audaz de los críticos de los programas anunciados por el Movimiento 26 de Julio se hubiera atrevido a calificar más allá de socialdemócratas.

Gracias a la posibilidad de acceder a esas fuentes tan insospechadas, los lectores del libro descubren hechos tales como la manutención que la KGB comenzó a otorgar a Fidel Castro a partir de mediados de junio de 1960 bajo el acápite de «personalidad progresista internacional». El primer dinero, entregado personalmente por el entonces agente de la KGB y con posterioridad embajador de la URSS en Cuba, Alexander Alexeiev, fue la suma de 365 dólares, que Castro agradeció con desproporcionada alegría pues —según el relato de Alexeiev muchos años más tarde, confirmado por un cable cifrado a sus superiores, la sede central de la inteligencia soviética (file 78825)— hizo la broma de que estaba tan carente de recursos que para comprar una cajetilla de cigarrillos había tenido que pedir prestados diez pesos a Che Guevara, el que también se hallaba presente en el lugar en el momento de la entrega del dinero.²

Como el propósito del libro no era revelar este tipo de detalles, los autores seguramente pasaron por alto otros documentos semejantes para concentrarse en el análisis y desarrollo de los sucesos que condujeron a la decisión de instalar cohetes con ojivas nucleares en Cuba. No obstante, en otro momento de la obra, aparece la aprobación por parte de Nikita Kruschev, en febrero de 1961, para la entrega de 8,000 dólares a Fidel Castro, no sólo como consecuencia de una mayor valoración espontánea por parte del Kremlin de su nuevo aliado, sino también como una respuesta a los, al parecer, cada vez más apremiantes pedidos de dinero por parte de Castro para atender sus gastos personales. Éste, con toda seguridad, quería a su vez medir el alcance de las intenciones y bondades de la jerarquía soviética con la que apenas iniciaba el largo peregrinaje que habría de prolongarse por tres décadas.³

² La justificación de estos pagos sería por publicación de artículos en los medios de comunicación del campo socialista. No hay detalles de compensaciones semejantes para otras figuras tales como Raúl Castro o Che Guevara. La cifra mencionada es tan ridícula que uno tiende a considerar dudoso todo el asunto, pero lo cierto es que ambos autores mencionan a Alexeiev y cables cifrados como fuentes de su información.

³ Antonio Núñez Jiménez es el nombre que Alexeiev cita como el encargado de recordarle que Fidel Castro no disponía de dinero para sus gastos personales. Núñez Jiménez era entonces Presidente del INRA (Instituto de la Reforma Agraria) pero sobre todo un supersecretario de Castro, situado justamente en el centro de lo que Szulc llamó el «gobierno secreto».

One Hell of a Gamble, que a los amantes del ajedrez nos gustaría traducir en español como «un gambito del diablo», es una frase de John F. Kennedy cuando todavía en Washington trataban de establecer la veracidad y las consecuencias de los reportes de inteligencia, cada vez más alarmantes, sobre la instalación de proyectiles estratégicos en tierras cubanas. A partir de documentos y entrevistas, el libro conduce a través de sinuosos senderos a una alianza de intereses que comenzó a gestarse en secreto desde abril de 1959, cuando una delegación del PSP se reunió en Moscú con miembros del Secretariado del Partido Comunista Soviético y con el Mariscal Sokolovsky para solicitar el envío de armas y de personal militar a Cuba. Los documentos demuestran la sospecha, por parte de la jerarquía soviética, de que los comunistas cubanos estaban sobrevalorando sus influencias en el nuevo gobierno para acrecentar su estatura ante el Kremlin; en consecuencia, para poder convencer a Moscú del rumbo secreto que se le imprimiría a la revolución, comenzaron a informar por adelantado de los próximos pasos que se iban a dar tanto en el aspecto político (eliminación paulatina de figuras anticomunistas del gobierno), como en el económico (promulgación de una ley de reforma agraria que se gestaba a la sombra). Este texto secreto contrastaba y se oponía a los debates y sugerencias públicas que, sobre ese mismo proyecto, se producían entonces en el seno de la sociedad cubana. Al ser promulgado como ley, mostró por primera vez a gran escala el papel totalitario y monopolizador que el estado nacional se arrogaba para sí mismo. Fue esta misma ley la que en lugar de repartir la tierra a los campesinos o crear cooperativas agrícolas genuinas e independientes las hizo propiedad estatal y sirvió de base a los «gigantismos» agrícolas que fueron posteriormente criticados por el agrónomo francés René Dumont en su libro *¿Cuba Socialista?*

Esa relación se mantendría a diversos niveles durante los primeros 24 meses, incluso después de que tanto Fidel como Raúl Castro prescindieran del papel intermediario de los cuadros profesionales del PSP. Los documentos de la KGB archivan los mensajes que, desde Cuba o México, avisaban de las futuras intervenciones de propiedades norteamericanas o cubanas, textos de declaraciones de marcado tono antinorteamericano, supresión de los medios independientes de prensa, olas de arrestos de figuras relevantes de la insurrección pero obstaculizadoras de la instauración comunista, aniquilamiento del sindicalismo libre, como se comprueba en un informe secreto del entonces jefe de la KGB, Alexander Shelepin, al Presidium del CC del PCUS, del 15 de septiembre de 1959, y que los autores encontraron en el folio 3, listado 65, file 891 del fondo APRE, que son los actuales archivos presidenciales de Rusia.

Esa incesante comunicación secreta apunta claramente a un plan premeditado y no a la hipótesis de que el proceso de radicalización fue una consecuencia inevitable ante presiones o sanciones de Washington. Tanto es así que cuando se firma el primer tratado económico con Moscú en 1960, a raíz de la visita de Anastas Mikoyan, Fidel Castro estaba bien al tanto de las muy desfavorables condiciones del trueque de azúcar por petróleo, pero consideraba que esta diferencia de precio —respecto al subsidio norteamericano e incluso

a los precios del azúcar en el mercado mundial— estaba compensada por el factor político de que podría provocar una reacción por parte del gobierno de Eisenhower, en el caso muy probable de que las plantas gasolineras de La Habana se negaran a procesar el crudo ruso, tal como ocurrió con el argumento de que el gobierno cubano les debía una gruesa suma de dinero y no aceptarían ningún otro encargo hasta que esa deuda quedara saldada. La reacción de Washington, explicó Fidel Castro a Alexeiev, «sería un magnífico pretexto para la nacionalización de las compañías norteamericanas en Cuba».

La KGB también conoció con varias semanas de anticipación el plan de establecer un sistema de vigilancia entre la población civil, lo que luego se presentó como una idea espontánea de Fidel Castro, el 28 de septiembre de 1960, cuando anunció la creación de los denominados «Comités de Defensa de la Revolución», como una respuesta a varios artefactos dinamiteros que estallaron esa noche en La Habana mientras pronunciaba un discurso. A la luz de la conducta histórica de los gobernantes cubanos, es lícito sospechar que esas bombas formaron parte de una planificada puesta en escena para dar mayor dramatismo y urgencia a la convocatoria de una red nacional de delatores.

En agosto de 1960, la dirección política suprema de la URSS —y Nikita Kruschev en particular— no necesitaba más pruebas de Fidel Castro. En ese mes el nombre clave de Cuba en la KGB cambió de «Jovenzuelos» a «Cabeza de Playa». Las nuevas y grandes aventuras estaban por venir.

LA CRISIS DE OCTUBRE

¿De quién fue la idea de instalar cohetes nucleares en Cuba? Fidel Castro queda descartado como interlocutor serio. Tantas veces dijo que fue ocurrencia suya y tantas veces lo negó que su palabra en este sentido carece de validez. El libro de Fursenko y Naftali parece demostrar de forma fehaciente que se trató de una decisión de Nikita S. Kruschev. En el texto se citan las transcripciones de la intervención del entonces primer ministro de la URSS cuando explicaba ante los miembros del Buró Político la racionalidad del plan de situar en el traspasio de Estados Unidos esas armas estratégicas, a partir de lo cual la Unión Soviética doblaría de un golpe su capacidad de bombardear nuclearmente el territorio estadounidense.

Bajo Kruschev la Unión Soviética había alcanzado algunas hazañas tecnológicas tales como la explosión de una bomba de hidrógeno en 1955, y la puesta en órbita de una nave espacial alrededor de la tierra en 1957. Esto hizo posible en ese momento, al menos teóricamente, que la URSS pudiera colocar una cabeza nuclear en un cohete intercontinental y alcanzar cualquier zona de los Estados Unidos, sin que existiera defensa frente a tal eventualidad. Semejante posibilidad fue considerada de una significación histórica de la misma magnitud que el descubrimiento de la pólvora, o aún mucho más importante. Como dijeron no sin una dosis de amargura varios pensadores, al fin el hombre había alcanzado los medios para destruirse de una vez por todas. En Moscú la combinación atómica y de cohetes intercontinentales provocó el nacimiento de una nueva doctrina estratégica militar, en la cual los

ejércitos de tierra quedaban prácticamente obsoletos para dar paso a la teoría de los golpes nucleares, según expuso en un largo artículo el entonces ministro de defensa, mariscal Rodión Malinovsky, quien proclamó la existencia de una revolución en el campo militar.

El libro de Fursenko y Naftali no se detiene en estos aspectos pero sí resulta muy instructivo por la manera en que vincula la suerte tanto de Nikita S. Krushev como de John F. Kennedy a la aparición de la figura de Fidel Castro. La obsesión con Castro fue decisiva en la fase esencial de las vidas de cada uno de ellos, y el nombre del cubano se cita de forma indisoluble a la trágica suerte que ambos corrieron.

De lo que carece *One Hell of a Gamble* es de una explicación conceptual de los motivos que impulsaron a Krushev a apartarse de una manera tan radical de las reglas de juego de las esferas de influencia de ambas superpotencias. Es un terreno que no quisieron explorar, y que los lectores de la obra resienten. En todo caso queda el consuelo de que uno de los ensayos más lúcidos del historiador Donald Kagan, en su magistral *On the Origins of Wars*,⁴ sea precisamente sobre la Crisis de Octubre, por lo que todos los interesados en ampliar sus conocimientos sobre el tema tienen a mano esta obra —que complementa en el plano de la teoría histórica la reconstrucción narrativa de *One Hell of a Gamble* y el tesoro documental que reúne *The Kennedy Tapes*— que brinda en su conjunto la visión más completa y detallada de las tensas semanas de octubre de 1962.⁵

«Nosotros los sobrevivientes ¿a quiénes debemos la sobrevivida?», se pregunta Roberto Fernández Retamar en uno de sus poemas. Tras conocer en su propia fuente la manera en que el presidente Kennedy abordó el tema de la presencia de proyectiles nucleares en tierra cubana, mi convicción es que debemos nuestra sobrevivida a ese hombre señalado tantas veces como un líder sin carácter y profundamente dubitativo. La crítica de que Kennedy siempre deseaba postergar para el día siguiente las decisiones más trascendentales fue en este caso el elemento que evitó una conflagración mundial, o al menos

⁴ *On the Origins of Wars and the Preservation of Peace*, Donald Kagan, Doubleday, 1995, 606 págs. Kagan es profesor de historia clásica de la Universidad de Yale, y el curso que sirvió de base al libro es considerado uno de los más populares de esa institución en los últimos 25 años. Según él, Krushev cometió dos errores: 1) Pensar que los cohetes podían ser instalados en secreto y luego presentarlos como *fait accompli*. 2) Desconocer el sistema político norteamericano y sobreestimar el poder de un gobernante electo, sometido a las presiones tanto de la oposición como de los medios de prensa. En opinión de Kagan, estas circunstancias forzaron a Kennedy a tomar una actitud de enfrentamiento aun cuando muchas de sus posturas y las de sus más íntimos asesores tendían a justificar los criterios que Krushev se formó de él.

⁵ Las grabaciones de Kennedy no fueron dadas a conocer todas al mismo tiempo. De hecho, las primeras versiones datan de los años 60 y se supone que sirvieron a Robert F. Kennedy de material de consulta para su libro *Thirteen Days*, Nueva York, 1969. Tras conocer todo el trabajo realizado para extraer de las cintas las verdaderas frases, en un momento en que la tecnología no estaba tan avanzada como ahora, no queda otro calificativo que considerarlo un esfuerzo monumental. La versión completa puede adquirirse en la oficina de historia del Departamento de Estado de los Estados Unidos.

libró a Cuba de un ataque masivo, descomunal y devastador por parte de los Estados Unidos. Es necesario aquí distinguir entre la retórica habitual de la cúpula del gobierno cubano —en el sentido de que existía la amenaza de borrar la isla del mapa mediante un ataque nuclear, cuyo plan, proyecto o alternativa de acción no aparece en ningún momento en las discusiones sostenidas entre Kennedy y sus más cercanos colaboradores— y el hecho, desconocido entonces, de que las tropas soviéticas acantonadas en Cuba tenían la autorización de emplear las armas nucleares tácticas para repeler un desembarco norteamericano. Como señalaron diversos analistas, esto habría llevado a que una guerra en territorio cubano hubiera comenzado con el uso de un arma que en casi todos los textos doctrinarios militares se menciona para ser utilizada en «último extremo». Ni los máximos jefes del Pentágono, ni los más altos espías de la CIA tenían la menor idea de la presencia de armas nucleares tácticas y, mucho menos, de que los generales soviéticos tenían autorización para emplearlas en caso de un desembarco de las fuerzas armadas de los Estados Unidos. Esto fue conocido casi dos décadas después, cuando los viejos adversarios se reunieron en Moscú y La Habana para debatir aquellos sucesos, justificar la posición de cada bando y pensar en la elaboración de una metodología que evitara tales sorpresas en el futuro. No caben dudas de que haber otorgado a las tropas soviéticas en Cuba la orden de disparar los cohetes nucleares tácticos contra tropas de desembarco fue una decisión aún mucho más irresponsable que la misma dislocación de proyectiles intercontinentales de alcance medio; éstos, por lo menos, podían explicarse bajo una racionalidad estratégica, y sobre ellos pesaban órdenes muy estrictas de empleo que sólo podían ser impartidas desde Moscú. Tanto era así, y queda incluso definido en el estudio hecho por Fursenko y Naftali, que en caso de que las comunicaciones quedaran rotas debido a un ataque norteamericano a Cuba los cohetes nucleares de alcance medio no podían ser disparados. Ante estas precauciones, la delegación de autoridad en el empleo del armamento nuclear táctico resulta más incomprensible y cabe preguntarse si Kruschev y Malinovsky podían creer en serio que Estados Unidos, ante la pulverización de sus tropas de desembarco mediante armas nucleares tácticas, no iba a responder con una réplica devastadora, lo mismo contra Cuba que contra la URSS. Al menos contra Cuba la respuesta iba a ser apocalíptica.⁶

Precisamente en ese aspecto es necesario dar crédito a la intuición de Kennedy, en el sentido de que una vez desatado el demonio militar nadie podía

⁶ Estos cohetes de corto alcance (35-50 Km) y que podían transportar cabezas nucleares tácticas, los 'FKR' y los 'Luna', fueron pocos meses después incorporados a las Fuerzas Armadas de Cuba en dos unidades especiales de las recién creadas tropas coheteriles terrestres con los números 3441 y 3447, ambas situadas en La Habana bajo el mando respectivo de los entonces capitanes Fernando Vecino Alegret y Aropajito Montero. Los oficiales cubanos decían que estaban «capados», es decir, carecían de las cabezas nucleares. Castro los hacía desfilar en sus paradas militares del 2 de enero, siempre con el oculto mensaje de que tal vez no todas las ojivas habían abandonado la isla.

asegurar cuándo se le volvería a controlar, ni cuál sería el alcance destructivo que su furia iba a dejar sobre la tierra. Y es en la edición hecha por Zelikow y May donde se puede apreciar mejor la transmutación de personalidad que se produjo aquellos días entre las figuras más relevantes del mundo político norteamericano. Los más connotados pacifistas —tales como el senador William Fullbright, «paloma» por excelencia según la ya conocida y maniquea división conceptual— abogaron, junto con la inmensa mayoría de su estirpe, por una rápida y contundente intervención militar en Cuba, mientras que «halcones» como John McCone, entonces jefe de la CIA, o el general Maxwell Taylor, jefe del estado mayor conjunto, si bien formaban parte del grupo que consideraba imprescindible una intervención militar, a la hora de ofrecer una opinión que podría ser definitiva, siempre insistían en dos elementos esenciales: no podían garantizar la eliminación de todos los cohetes en territorio cubano y tampoco prever en todo su alcance la magnitud de la respuesta soviética ante los llamados «ataques quirúrgicos» aéreos para la destrucción de los cohetes, o la intervención general a fin de ocupar y neutralizar esas armas. Fue este respeto ante lo insospechado lo que abrió espacio a la política de establecer una cuarentena, ganar tiempo y dejar las puertas abiertas a la comunicación y el arreglo.

Lo curioso de esto es que la misma debilidad de Kennedy —la imagen que ofreció a Nikita S. Krushev de un estadista inseguro, y que en criterio de Donald Kagan fue la razón esencial que motivó al jerarca soviético a instalar cohetes nucleares en Cuba— se reveló como la paradoja que evitó una conflagración mundial. Kennedy estuvo sometido esos días a presiones que difícilmente experimentaron otros gobernantes antes que él para que cambiara sus puntos de vista, que por suerte mantuvo. Tanto las cintas de Zelikow y May, como la reconstrucción minuciosa de Naftali y Fursenko ofrecen al lector, de una forma muy elocuente, la manera paulatina en que la idea de la cuarentena deja de convertirse en una posibilidad marginal para devenir, a medida que avanzaban las discusiones, en la estrategia principal de respuesta al reto de la Unión Soviética. El bloqueo naval contra Cuba tomó totalmente por sorpresa a Krushev, que estaba convencido por muy diversas señales que recibía de las más altas esferas de Washington, de que la instalación de cohetes estratégicos en el Caribe no representaba un acontecimiento que iba a ser impugnado con violencia, pues según comentarios que se atribuyeron al modo de pensar de la administración demócrata «no importaba si los cohetes eran lanzados desde Europa, Asia u otro lugar». En el ensayo ya mencionado de Kagan buena parte del argumento gira alrededor de la interpretación que pudo dar Krushev a esas argumentaciones de figuras públicas de alto rango que en la práctica política estadounidense suelen ser utilizadas para dar a conocer las opiniones del gobierno de una manera indirecta, y que el líder soviético, con razón, pudo atribuir a debilidades de un presidente joven, inexperto y sin garras.

Pero de la misma manera que Krushev creyó firmemente en sus posibilidades de salirse con las suyas en el proyecto de instalar cohetes en Cuba, es notable observar su cambio de actitud ante la firmeza de Kennedy, una faceta desconocida y hasta entonces menospreciada por él, y resulta sorprendente su capacidad

instantánea de reconocer íntimamente el error monumental que había cometido, tanto que cuando aún no era evidente que podía llegarse a un acuerdo, instruye de urgencia la orden de cancelar el posible empleo de armas nucleares tácticas en territorio cubano en caso de invasión a la isla y las coloca bajo el mismo y estricto nivel de subordinación a Moscú que los proyectiles estratégicos.

El libro de Fursenko y Naftali es minucioso en los detalles sobre la manera en que se realizó el traslado de los proyectiles a Cuba, la cantidad de armas nucleares y su poder destructivo, los nombres y las responsabilidades de los jefes militares encargados de esa misión y no deja espacio para otras muchas historias apócrifas o imprecisas que han circulado sobre la Crisis de Octubre. Para resumir, el que quiera saber lo que realmente ocurrió tiene que leer este libro. No hay aquí terreno para leyendas nibelungas ni rastros de un Fidel Castro apretando al descuido un botón rojo con el que destruye al azar un avión U2 que por casualidad andaba por allá arriba. El mismo Castro desaparece del escenario como personaje protagónico los días en que la cosa estaba realmente candente y en que los mensajes eran exclusivamente entre Washington y Moscú, lo cual siempre fue su motivo esencial de queja. Si algo vale la pena resaltar de estas fugaces apariciones de Fidel Castro, una vez que la crisis se desata con la intervención de Kennedy ante las cámaras de televisión, es su famosa carta a Kruschev en la que pide un ataque nuclear preventivo a los Estados Unidos en aras de salvar a la humanidad del imperialismo. Según Alexander Alexeiev, el líder cubano estaba muy agitado y fuera de sus cabales cuando le dictaba ese mensaje. Castro negaría con los años que hubiera solicitado semejante cosa y achacaría la mala interpretación de sus ideas a un error de traducción por parte de Alexeiev.

Un par de anotaciones más. Los que están familiarizados con los estudios anteriores sobre la Crisis de Octubre observarán en el libro de Fursenko y Naftali la ausencia del espía Oleg Penkovski, el coronel soviético de cohetes que supuestamente desempeñó un papel decisivo al advertir a Washington sobre los planes de Moscú. Es un nombre que tampoco aparece como material sensible de inteligencia en los informes verbales que la CIA ofreció a Kennedy. Es muy posible que los nombres de los espías no se mencionen a la autoridad civil, por muy alta que ésta sea. Otro aspecto sumamente curioso, por catalogarlo de alguna manera, es que, una vez en suelo cubano, los cohetes no fueron camuflados, como si una oculta autoridad, en algún momento, hubiera decidido que fueran vistos. Es uno de los grandes enigmas que aún quedan por resolver de esa época. Hagamos un resumen: Moscú pone a la operación el nombre de «Anadyr», que es una región del ártico; viste a sus tropas con ropas invernales antes de partir en los barcos; elabora numerosos planes de desinformación y al final... olvida camuflar los cohetes. Un error de tal magnitud es siempre caldo de cultivo para las especulaciones.

Volviendo a Fidel Castro, su marginación en las grandes decisiones para la solución del conflicto provocó en él un desprecio monumental a todo lo que tuviera que ver con esos acontecimientos. A ello se debe el hecho de que en Cuba nunca se haya publicado una historia de la Crisis de Octubre, lo cual es

sumamente insólito en un régimen que ha impreso por centenares de miles y elevado a categoría épica el más intrascendente tiroteo en la Sierra Maestra. Recuerdo haber hecho algunos sondeos sobre el tema a finales de la década de los 70, cuando como consecuencia de haber publicado un libro sobre Playa Girón mantenía algunos contactos con varios jefes militares, y ninguno dio calor a la idea de realizar una investigación sobre tales sucesos. Esa manera uniforme de evadir el asunto me hizo comprender que se trataba de un tema tabú que no era del agrado de las más altas esferas, como me decían algunos de esos generales de manera eufemística para no referirse a Fidel Castro por su nombre. Tras tantas declaraciones contradictorias suyas sobre diversos aspectos esenciales de este suceso, lo que él diga ahora va a quedar empañado por su prolífica variedad de versiones, pero siempre queda la posibilidad de que le sobrevivan sin ser editados sus más íntimos comentarios durante esas semanas. Es sabido que un equipo de taquígrafos toma nota de todas las conversaciones de Castro y esta práctica se remonta cuando menos a abril de 1961, lo que comprobé en 1975 cuando fortuitamente encontré en los archivos de la sección de historia de las Fuerzas Armadas de Cuba un portafolios que contenía las conversaciones y órdenes suyas durante las 72 horas de Girón y que ni siquiera aparecían como material conservado en esos fondos. Pero no cabe duda de que tras las dos últimas obras publicadas, lo único que resta por conocer, aunque fuera para terminar de colocar las piezas restantes de este rompecabezas, es el verdadero relato de la actuación esos días del hombre que con su profundo influjo personal llevó tanto a Kruschev como a Kennedy al borde de la guerra. Y a nosotros los cubanos a un paso del exterminio.

